

GALERÍA

SABER QUÉ ES LO CORRECTO Y NO HACERLO ES LA PEOR COBARDÍA Gaceta Nº 129 - Octubre de 2011

¡¡HOLA!!

Adiós Trini

Ginebra, lugar de encuentros y desencuentros, de hola y adiós continuados y siempre con la esperanza de volver a encontrar a los ausentes en algún lugar del universo. Pero cuando el adiós es para siempre, que el que se va ocupa un lugar eterno e infinito, nos deja una especie de vacío indescriptible.

Margarita De La Plaza a la que todos, no sabemos por qué, llamábamos Trini, compañera de tantos años en el Club del Libro, nos ha dejado. La recordaremos siempre con cariño porque supo transmitirnos su saber hacer y estar y su curiosidad e interés por todas las cosas.

Hija de funcionario del ayuntamiento de Madrid y ama de casa, penúltima de los 13 hijos del matrimonio y madre de su única y bien amada hija Maite (Jefa del Pool español de la ONU durante los últimos años) tuvo una larga y fructífera vida que le permitió alcanzar una cultura digna de elogio. Lectora empedernida desde los 5 años tenía opinión acertada para todo. Era una delicia conversar con ella degustando sus torrijas que preparaba como nadie.

Adiós Trini, sigues en nuestros corazones y en nuestro recuerdo. Siempre estarás con nosotros en el Club del Libro y nunca olvidaremos tu alegría de vivir, tu risa y tus comentarios que tanto nos han divertido y tan buenos momentos nos han hecho pasar.

¡Qué grande Baroja! ... y qué razón tenía...

Corría el año 1904 y aquella tertulia, que había abierto el gallego Ramón María del Valle-Inclán en el Nuevo Café de Levante, hervía por las noches con la flor y nata de los intelectuales de la Generación del 98 y los artistas más significados, entre ellos Ignacio Zuloaga, Gutiérrez Solana, Santiago Rusiñol, Mateo Inurria, Chicarro, Beltrán Masses o Rafael Penagos.

Y aquella tarde noche del 13 de mayo de 1904 el que sorprendió a todos los presentes fue Pío Baroja. Porque cuando se estaba hablando de los españoles y de las distintas clases de españoles, el novelista vasco dijo: «La verdad es que en España hay siete clases de españoles. Sí, como los siete pecados capitales. A saber:

- 1) los que no saben;
- 2) los que no quieren saber;
- 3) los que odian el saber;
- 4) los que sufren por no saber;
- 5) los que aparentan que saben;
- 6) los que triunfan sin saber, y
- 7) los que viven gracias a que los demás no saben.»

Unamuno y Benito Pérez Galdós aplaudieron a Baroja. Sobre todo por el último punto, el que dice «los que viven gracias a que los demás no saben». Estos últimos se llaman a sí mismos «políticos» y a veces hasta «intelectuales».

O sea, que ayer como hoy, y hoy como ayer, los políticos españoles nunca tuvieron buena imagen.

Genial Baroja.

Paga el mal con el bien, porque el amor es victorioso en el ataque e invulnerable en la defensa. Lao-Tsé

Club del Libro en Español - Palacio de las Naciones, Oficina E-1026, primer piso, puerta 40; ☎ 022 917-4839
Sitio web: www.clubdellibro.org - Correo electrónico: clublibro@hotmail.com

EL INDIANO

(Pedro Sánchez Sanz, Premio Platero 2011, categoría Cuento)

[1]

Los niños, cogidos de la mano, corretean en corro alrededor de los restos, ya fríos, del fuego. No pueden verme, pero yo, sentado entre las ramas de mi árbol, sabiéndome ya seguro y a salvo, sigo sus juegos atentamente, escucho sus cantos alegres, esa coplilla que les acompaña en su accidentada danza sobre las piedras y ramas abandonadas. Ahora estoy tranquilo porque la persecución terminó hace días.

De nuevo me pregunto por qué volví a este lugar. Supongo que por la misma razón por la que me marché de él una mañana de junio, porque sentía que el aire me pesaba sobre los hombros, porque al mirar atrás no veía nada y al volver la vista al frente tampoco veía nada. Entonces era muy joven y creía que el mundo acababa en las rías, pero empezaron a llegar noticias de un mundo nuevo, fértil, un campo por abonar con el sudor y la fe, que representaba para mí la oportunidad de huir de este lugar que se tornaba inhóspito a pasos agigantados. Con diecisiete años y un cuerpo curtido por los golpes del hacha sobre los troncos de los robles, mi corta vida ya me parecía acabada, sin posibilidad de avance o cambio. Me gustaba escuchar las historias de los caminantes, peregrinos las más de las veces, y de los pocos marineros que atravesaban esta tierra camino de la costa, que no estaba lejos, pero el entusiasmo que despertaban en mí los relatos de sus correrías y aventuras se apagaba pronto cuando la certeza de que yo no era uno de ellos se imponía de forma tan rotunda como un árbol que cae arrastrado por su propio peso.

Lo que terminó de decidirme fue la preñez de Justina. A pesar de nuestros escasos, torpes y breves encuentros en el bosque, había quedado encinta a sus catorce años. Y yo ni siquiera sabía lo que era el amor. Justina era una chiquilla que me divertía, que había despertado en mí el placer que se desprende de la inocencia entretejida con el juego de lo prohibido, que me había convertido en un hombre a los ojos de mis compañeros, aunque para mí no era más que un desahogo la más de las veces y un poco de compañía exenta de la crudeza y grosería que imperaba en el bosque y en la taberna, pero eso no quería decir que estuviera dispuesto a cargar con ella.

Cuando Justina me abordó en el camino vecinal que me llevaba de mi casucha al monte, justo donde la tapia del cementerio se cortaba privando de su sombra, oí el graznido de un cuervo y levanté la vista. Al bajarla unos segundos después, había miedo en mis ojos e inquietud en los suyos. Yo intuía que se desplomaba mi mundo conocido y en ese momento mi cabeza decidió que había que partir. Ella vio todo esto como si leyera en un cantar de ciego y el miedo se trasladó a sus pupilas. Su mundo de gacela despreocupada se desmoronaba como un castillo de barro bajo el aguacero. No hubo necesidad de palabras. Supongo que yo esperaba el desenlace tarde o temprano. Ese mismo día los rumores que corrían sin enmascarar por las cuatro callejas de la aldea confirmaron lo que ya sabía, y sin contar con mi beneplácito se empezaban a organizar los festejos de mi boda.

Una semana más tarde, que yo pasé apegado a mi tarea de hacer añicos la madera que se amontonaba junto al río, traspasando a cada golpe de hacha la fuerza que necesitaba para tomar una determinación, la única posible, se celebraron mis nupcias con una Justina llorosa y con náuseas en la pequeña ermita, que me pareció más gris y sofocante que nunca. Su padre tenía cara de pocos amigos, supongo que por dos buenas razones: en primer lugar porque su única hija era motivo de burla y su deshonra rodaba de boca en boca por toda la comarca, y en segundo lugar, y ésta era una razón más inquietante, porque siendo como era dueño de una taberna conocía de sobra el talante y el porvenir de todos los hombres jóvenes, y no tan jóvenes, del pueblo y sabía que su hija casaba con un gañán sano y fuerte pero impulsivo y pobre, que para más inri tenía la cabeza a pájaros y no pensaba más que en glorias y eldorados. Quizás por eso se tomó tantas molestias en encadenarme a su hija lo antes posible, sin darme tiempo a reaccionar, para poner lastre a mis ansias aventureras y asegurarse un padre para su nieto y un sustento para su Justina, que en cuestión de días había perdido su frescura y lozanía de niña.

[2]

Al bajar del barco, un hombretón barbudo con espada ceñida a la cintura y la ropa tan raída que más parecía galeote que marino, trabó mis pies con un grito a mis espaldas ¡Eh, tú, chico! Echa una mano con estos desgraciados, hay que bajarlos del barco y enterrarlos. Como no me movía, aterrado ante la idea de tocar aquellos cuerpos cenicientos envueltos en trozos de lona, el marinero insistió ¿Cómo te llamas? Le dije que mi nombre era Antón Corredoira. Pues si quieres sobrevivir en este paraíso de víboras, Antón, tendrás que aprender a moverte rápido. Y así empezó mi nueva vida en una tierra nueva, ayudando a cavar tumbas para aquellos que habían corrido peor suerte que yo en una travesía de largas jornadas de sol y duras noches de frío, aquellos que exhalaban su último suspiro un par de días antes de tocar tierra, y que por insistencia del capitán, que quiso darles cristiana sepultura, no acabaron el viaje cayendo por la borda para alimentar a los monstruos marinos. Decidí pegarme como una sombra a Mendoza, el barbudo espadachín, que resultó ser hombre de recursos y pronto nos encontró acomodo y comida en San Isidro, la plaza mayor de aquel villorrio que empezaba a despuntar en aquel año de 1595. En pocas semanas, mi mentor regentaba una pulpería en una calleja adyacente a la gran plaza, que era el ombligo de una incipiente Santa María del Buen Aire, adonde llegaban barcos cargados de esperanzas, gentes de toda ralea y condición, provisiones muy esperadas y una ineludible carga de fantasmas. Allí pasé diez años de mi vida, años llenos de extrañeza y olvido.

La primera tarea a la que me encomendé en cuerpo y alma fue a devolverle a Mendoza la ayuda y protección que me había brindado desde mi llegada al Río de la Plata. Pasé a ser su ayudante, su mano derecha, su fiel lacayo, su confidente, quien le servía de bastón para llegar al lecho después de ahogarse en aguardiente y blasfemias cuando perdía a los naipes, quien le observaba con admiración mientras le oía narrar cruentos milagros de puños y espadas, cuando lo veía cerrar un trato con diplomacia y astucia en el puerto. La segunda tarea a la que me enfrenté con ahínco fue a olvidar. Olvidar mi tierra, los robles talados, a Justina entre los helechos, y sobre todo olvidar que en mi precipitada y vergonzosa huida había dejado atrás un hijo. Muchas noches, en mi cama de piedra y basta tela sobre el suelo de la pulpería me decía que volvería con bolsas llenas de oro reluciente y un sombrero con plumas sobre mi cabeza bien alta, pero justo antes de dormirme rodeado de los olores del cuero sucio y del licor que empapaba las cubas, tenía la certera impresión de que me mentía a mí mismo.

Botas remendadas por una moneda, botas de piel nuevas por dos piezas, herraduras, fundas de espadas, vasos de latón y otras pertenencias aprovechables, recogidas, a veces negociadas, en el puerto, objetos que pertenecieron a aquellos cuyo viaje acabó antes de llegar, barricas de un aguardiente que nos dejaba abundantes ganancias, vino rojo y espeso como la sangre de vaca, algunos utensilios para trabajar la madera, algún morrion poco abollado, cuchillos, telas toscas, jubones agujereados, todo lo que podíamos conseguir a buen precio en nuestras rondas por el muelle cuando atracaban barcos, o en la plaza cuando descansaban las carretas que unos arrieros orondos y malencarados conducían desde Santa Fe. Esa era nuestra rutina, un oficio de buhoneros. En unos pocos años habíamos conseguido, Mendoza y yo mismo mano a mano, con la ayuda del mestizo en las últimas semanas de vida del patrón, sacar a flote el pequeño negocio y asegurarnos el sustento en un lugar enloquecido que crecía sin medida ante la llegada incesante de aventureros, soldados, comerciantes, emisarios de la Corona, maleantes, prisioneros, religiosos y quizás algún huido, como yo mismo, en busca de refugio.

Martín Panizo era un chico de edad indefinida y mente ágil que un buen día de enero del año 1601 se escurría entre la multitud que se agolpaba en la plaza de San Isidro. Era el día elegido para el ajusticiamiento de un reo, la hoguera sería su destino, las llamas la antesala de su infierno. Desde la llegada de la Santa Inquisición al Río de la Plata, mis ojos, que ya creía acostumbrados a todo tipo de vilezas, se sorprendían a menudo con el espectáculo grotesco de la quema pública, con una multitud rugiente, exaltada ante los gritos inútiles del condenado. Lo que jamás tuve que ver en mi tierra me había perseguido hasta aquí, para recordarme que no había desembarcado en el Paraíso. Andaba yo temeroso, pues Mendoza llevaba tres días con sus noches sin aparecer por la pulpería, lo cual no era infrecuente cuando se enzarzaba en el juego y la compañía de alguna ramera india. Pero conociendo su talante pendenciero temía que fuera él el escogido para alimentar esas lenguas ardientes. Apostado en la esquina intentaba discernir al supuesto hereje sobre las cabezas de los convocados al acto, y en esto andaba cuando el chico llegó ante mí abriéndose paso a empujones. Le tomé del brazo y le pregunté si sabía a quien iban a freír. Un esclavo negro que se metió en la cama de su señora, dijo. Le solté

el brazo tranquilo al saber que Mendoza podía estar desangrándose en una taberna, pero que no había llegado su hora de pagar por sus muchos pecados derretido como un trozo de sebo. El chico mestizo se acomodó a mi lado y ahí se quedó durante años, haciéndose hombre a mi sombra, tal y como hice yo junto al barbudo, que apareció horas más tarde desaliñado, envejecido y enfermo, cuando las ascuas de la pira todavía humeaban y las pavesas aún revoloteaban por la plaza tiznando la tarde de un horror silencioso.

La muerte de Mendoza se fue fraguando durante semanas desde aquella tarde en que providencialmente se nos unió Martín. Con el marino enfermo y debilitado, tuve que hacerme cargo de seguir engañando a los que se acercaban a nuestra almoneda en busca de un cuartillo de nuestro brebaje, una herradura no demasiado torcida, aparejos para sus bestias de tiro o un bocado de rienda simple, con el que un jinete avezado tiene siempre a su merced la voluntad de su caballo. También debía cuidar del testarudo Mendoza, que se afanaba por controlar todos mis movimientos a pesar de la fiebre y las llagas. Martín Panizo se quedó sin que se lo pidiera y fue de gran ayuda, aunque evitaba acercarse al desmejorado hombretón, que aunque había perdido fuerza y prestancia, asustaba al chico con sus rugidos desde el camastro y su aspecto de moribundo. Los últimos días se agarraba a mi brazo y a los recuerdos y me contaba algunas de sus hazañas y argucias. Fue entonces cuando supe de dónde había sacado el dinero para mantenernos vivos a nuestra llegada y hacer el pago del primer abastecimiento del almacén. Había vendido unos libros que trajo consigo escondidos en una barrica de doble fondo. Yo apenas si sabía leer y no entendía que alguien se desprendiese de una faltriquera llena de ducados por unos simples pergaminos, él se sonrió y me dijo que lo prohibido aumenta su valor por no estar a la vista ni al alcance de todos. Fue nuestra última conversación, no duró mucho. Lo enterramos de noche a las afueras, junto al río, bajo una ceiba frondosa. El aire de marzo nos hacía más difícil la tarea de cavar, congelándonos los dedos. Enterraba a alguien a quien no conocía bien y, a pesar de los cinco años transcurridos codo a codo con el muerto, no sentía nada excepto por el frío vespertino y un húmedo cansancio que se instalaría entre mis huesos durante un par de días dejándome algo aturdido. Frente a mí, el mestizo cavaba sin decir una palabra, hablaba muy poco, era otro desconocido con el que empezaba un nuevo viaje que, curiosamente, también duraría unos cinco años.

Poco después de pisar aquellas tierras, Mendoza y yo presenciamos una escena que me habría de acompañar después durante algunas noches de incómoda vigilia. Conducíamos un carro hacia la villa, apenas a una hora de viaje, cuando oímos gritos. Mendoza paró a las mulas que empujaban nuestro cargamento, alarmado por los sonidos que nos llegaban nítidamente. Los aulladores estaban muy cerca, junto a la orilla. A unos metros de la vereda unos soldados habían atado un indio a un árbol. Colocados a unos pasos de él, los hombres reían y preparaban sus ballestas. Por turno fueron disparando sus saetas contra el indefenso, que se retorció haciendo sangrar su carne apretada bajo las ataduras. Uno de los jóvenes, con un libro abierto en su mano, leía en voz alta relatando el martirio de San Sebastián, que yo recordaba de misas llenas de amenazas de condena y olor a ganado, mientras los otros torturaban al mártir indígena con sus flechas y sus insultos. Ésta era su forma de llevar la Verdad al nuevo mundo, así enseñaban las Sagradas Escrituras a los salvajes, con vivas representaciones del suplicio de los mártires. Nos marchamos sigilosamente para no interrumpir la ceremonia, al fin y al cabo nadie nos había invitado y tan sólo se trataba de un esclavo, que no son dignos de misericordia, o al menos eso se decía. Después de aquello hube de ser testigo de otras escenas parecidas, escenas que prefería obviar, lamentos que no quería oír: mujeres, casi niñas, arrancadas de sus hogares en el interior, golpeadas, obligadas a malvivir en covachas y a entregarse a la lascivia brutal de muchos hombres; corrillos de niños de todos los colores, negros, indios, criollos, hermanados por la mugre, unidos por la desesperanza y el hambre, revolcándose tras una rata salida del agua, profiriendo gritos de alborozo al atraparla. Yo miraba para otro lado porque quizás me recordaban a mí mismo. Todos sobrevivíamos como podíamos gracias al engaño, una dentellada a tiempo o un buen par de piernas. Costaba abrirse camino y llegar al final de la jornada, pero nosotros tres nos cubríamos las espaldas unos a otros y salíamos adelante sin reparar en nada más. La crueldad imperaba a sus anchas, y más valía estar avisados, una crueldad sólo superada por la impunidad con la que actuaban muchos en aquellas tierras sin más ley que la fuerza descontrolada de esos malnacidos a sueldo del Gobernador o de la Orden, que no hacían distinción entre nosotros y los bárbaros que apenas hablaban nuestra lengua cuando arreciaban sus desmanes.

(La parte final del cuento aparecerá en el próximo número de Galería)